

Rainy Day Women

O

"No sé si esto es para ti una comida de placer o un simple avituallamiento", le digo a **O** mientras ella, siempre equidistante entre la sonrisa y la risa descarada, recoge su melena rubia y me mira con sus ojos insuficientemente grandes como para merecer un soneto. Y es que como **O** siempre está de carreras, comer con ella me provoca el complejo de alguien que anduviera esperando con las bolsas de comida y el refresco. Porque no me refiero a las habituales carreras de la vida, a este rutinario rosario de prisas en que hemos convertido la existencia, sino al correr en sí, al cross, al campo a través, a la carrera en sí misma, al atletismo. Todo el tiempo que no tiene comprometido en el trabajo con que se gana la vida, a **O** la encuentras o entrenando o compitiendo. "¿Cómo puedes estar siempre así? ¿De qué huyes?", le insisto, un poco abundando en la teoría de Grumpf, quien sustenta que si de recién nacidos fuéramos oportuna y claramente informados de lo que en realidad nos espera en eso que llamamos vida, echaríamos a correr apenas aprendiéramos a andar. "¡Y sin mirar atrás!", añade rotundo.

Ustedes se habrán ya dado cuenta a estas alturas de que estoy totalmente rodeado de amigos optimistas. "Hay que estar en forma, Mac, hay que estar en forma", me replica **O**, atacando el festival de vegetales que tiene delante. Yo la observo con cariño e interés. Luego disuelvo media sonrisa en la fina lluvia de abril para con la otra media comentar: "Si Dios nos quisiera para correr nos habría hecho caballos. Y si para comer verdura, cabras". **O** vuelve a situarse entre la sonrisa y la carcajada y, enviando en un sprint hacia mí sus ojos que tal vez merezcan una silva, responde: "Y si quisiera que filosofaras, no te habría hecho un burro. Y si que hibernaras, te haría oso". Admito que el comentario no me deja en muy buen lugar, porque ella siempre me acaba reprochando este mi estado que podríamos llamar de pasividad deportiva, a veces interrumpido por impulsivas adicciones al footing, el cual pronto descarto repitiendo el nada original "Sólo corren los ladrones y los malos toreros". Pero ella, que siempre me sabe torear, no es ninguna ladrona. Y vaya si corre. Estoy hablando de, a veces, hasta cien kilómetros en un día. Lo que oyen. Participa en pruebas de ese tipo, y "para ella la maratón es como para mí ir a mear", según apostilla Steady,

que le sonríe con afecto. **O** se está pensando incluso acudir el próximo año a la carrera  sa que hay en el desierto del Sáhara, Maratón de las Arenas creo que se llama. Sólo de pensarlo imagino a los camellos mirándola con la misma cara que Steady y yo ponemos cuando lo dice. Y no es que no sepamos que el deporte, en cuanto a reto personal, potencia la autoestima; lo que sucede es que nuestra autoestima en la mayoría de los encefalogramas da las mismas señales que una catalepsia. Estamos de vuelta de todo. Y, cómo él dice: "Si estamos de vuelta...  para qué vamos a ir, y además corriendo?" **O** se carcajea cuando escucha esto. "No sabéis lo que es vivir", dice mirando nuestras insolentes barriguitas, conseguidas en el único deporte en que logramos subir al cajón: la barra fija.

O es alta y delgada (como su madre). Nosotros nos pasamos del peso ideal y, en cuanto a altura, hemos caído tan bajo que cuando nuestras ancianas madres enfrentan nuestras caras de camellos, les llegamos a leer en los ojos que s , que a pesar de su artrosis, en ese momento preferirían, con tal de no vernos, estar corriendo también en la Maratón de las Arenas.

es.humanidades.literatura
24 abril 2004